

Laura sin aura. La literatura después de la literatura Laura without aura. Literature after literature¹

*Tras la muerte del aura
(En contra y a favor de la Ilustración)*

Juan Carlos Rodríguez

Granada: Ed. Universidad de Granada, 2011

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA

Universidad de Granada

España

garciaga@ugr.es

Para no andarme con rodeos innecesarios diré, ya de entrada y de forma abrupta, que el profesor Juan Carlos Rodríguez ha escrito, en otro golpe audaz de maestría, de gran maestría, un libro contra la Naturaleza Humana. O lo que es lo mismo, un libro a favor de la radical historicidad del discurso literario, como de cualquier otro discurso. Radical historicidad que anda lejos de ser, a estas alturas, una simple *provocación* para la historia, la teoría y la crítica literarias, por jugar con un famoso título de H. R. Jauss que no disgusta, como leemos en algún momento en este libro magnífico, al profesor Rodríguez. La *posición*, en el sentido althusseriano del término, la tesis de la radical historicidad de la literatura viene siendo empleada, con resultados deslumbrantes, por este infatigable trabajador teórico de la literatura desde hace casi cuarenta años; y sigue siendo tan válida y tan actual, a mi parecer, como el primer día.

No recuerdo que esta otra forma de pensar y leer históricamente haya sufrido ningún arañazo de consideración, ni de puertas para adentro ni de puertas para afuera. Más aún: creo que nuestra sociedad literaria, pasado el fogonazo inicial con el que se presentó en escena aquello de «la literatura no ha existido siempre», no se ha atrevido a sostener un debate teórico a la altura, a la altura de las circunstancias por supuesto, ni ha esgrimido ninguna reserva de importancia. Tiempo, desde luego, ha tenido. Y como el astro al que se refirió Juan Ramón Jiménez, los planteamientos sobre la producción ideológica han venido rodando hasta hoy, sin precipitación y sin descanso, ganando un pequeño núcleo de adeptos y defensores, y de admiradores por qué no, o cosechando simplemente silencios, la indiferencia a la que se ve arrojado cualquier hueso duro –teórico– de roer. Hueso duro, de tuétano marxista irrenunciable, que sigue articulándose, hoy quizás más a contracorriente que nunca, más desaconsejadamente que nunca, con una premisa vital y teórica de la que se parte o no se parte, un objeto real que se ve o no se ve y se construye

¹ Para citar este artículo: García García, M.A. Laura sin Aura. La literatura después de la literatura. *Álabe* 5, junio 2012 [<http://www.ual.es/alabe>]

o no se construye como objeto de conocimiento: la explotación. El maestro Juan Carlos Rodríguez ha seguido sabiendo hablarnos de ella, desnudarla de los nuevos ropajes con los que se disfraza en nuestro hoy posmoderno y global, fijarla para que tomemos conciencia de ella en nuestras condiciones reales de existencia, las de nuestra crisis capitalista: nosotros que podemos, junto a quienes no pueden tanto y desde luego la sufren más que nosotros.

Tan sutilmente como siempre, y con sus modos singulares y absolutamente reconocibles, Juan Carlos Rodríguez nos invita de nuevo a *historizar* nuestra forma de pensar, de leer y de escribir. Lo hace en un libro que llamaré, con indudable pleonasmio, otoñal y vespertino, ahora que él ha llegado casi a la cima de su trayectoria docente y es sin duda maestro de maestros. Otoñal porque es un texto que redondea, acendra y recoge los frutos de otros libros anteriores de los que es autor, y que están en la cabeza de todos. Vespertino porque, como señala Hegel, y él sabrá disculparme esta imagen, la lechuza de Minerva solo levanta el vuelo al atardecer. Más que de la lechuza sabia y apartada de la vida real, Juan Carlos Rodríguez ha sido amigo del viejo topo de la Historia, el que zapa y excava en las galerías subterráneas de las contradicciones de nuestro mundo hasta que un día horada la superficie. ¿Hasta dónde se levanta el vuelo teórico aquí, hasta dónde se excava para apartar las capas sedimentadas de tierra que nos impiden ver nuestra realidad histórica concreta? ¿Hasta qué punto los ojos de la lechuza ven en la noche alta en la que se podría decir que estamos y los ojos ciegos del topo escarban hasta hozar la luz del día?

La Laura de Petrarca y el aura de cuya pérdida habla Walter Benjamin, como en otro sentido Baudelaire, se abrazan con deliberada ambigüedad en el título, en el que también resuena otro, *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch. Nos encontramos con dos cabos sueltos en apariencia, Laura y el aura, que el autor de este libro ata para comenzar su análisis de los discursos literarios modernos o burgueses, los que se asientan definitivamente con la Ilustración. De Petrarca, o de Garcilaso entre nosotros, arranca la invención literaria del amor tal y como lo entendemos hoy, como relación entre almas bellas, que son la antesala del yo libre. Invención del amor y del sujeto libre que es tanto como decir, en este caso, *invención de la literatura*. No está de más recordar estos planteamientos porque de aquí parte precisamente Juan Carlos Rodríguez para desmenuzar, con una clarividencia inusitada, las razones por las que la cultura literaria o humanística, todo lo que comenzó con Petrarca, a la muerte de Laura, y fue indispensable para el mercado capitalista desde que este apareció, ya que suturaba sus contradicciones, se hallaría hoy al borde del abismo. La literatura habría perdido su aura salvífica, Laura (lo que Petrarca nos trajo con ella) ha sido despojada de su aura. El sistema capitalista ya funciona solo, no necesita de la literatura para la construcción de subjetividades.

Nos acercamos así al primer desmoronamiento básico que sufre la ideología –de clase– de la Naturaleza Humana en este libro, tan valiente como ancladamente actual, porque deja muy claro desde el comienzo que la crisis ha sido provocada por el sistema. Hemos convertido al capitalismo en Naturaleza Humana mediante el injerto de la técnica, la «esencia vital de nuestro mundo», que aunque parece vivir por sí sola descansa en

las relaciones de producción y de explotación capitalistas. No hace falta decir que esta aproximación a la cuestión de la técnica es muy distinta a la de Heidegger, aunque Juan Carlos Rodríguez haya recibido de este quizás el acicate para concederle su importancia en estas primeras páginas esclarecedoras. La ignorancia generalizada, nos dice, atraviesa las vidas y las pantallas. Ignorancia que también afecta a eso que Bourdieu llamó el *campo literario*, y a la que no habría sido ajena la progresiva relación directa entre escuela, cultura y mercado. Repito que nos encontramos ante un análisis lúcido, valiente y actual. En primer lugar para nosotros, los que vivimos de estudiar y enseñar literatura, si es que Bolognia nos deja seguir haciéndolo: el mismo sistema ha llevado a la degradación educativa de la cultura literaria, porque las subjetividades ahora se harían por sí mismas, o bien con la sola ayuda o soporte de la técnica.

Al debilitar la educación literaria con posibilidad de crítica, se persigue la ausencia de contradicciones discursivas y de pensamiento histórico real. Al yo se le da la oportunidad de expresarse más que nunca, de enunciarse sin cesar desde su propia libertad, de construirse más allá o más acá de la literatura, sin caer en la cuenta de que «la libertad es precisamente la forma clave de la explotación del yo en nuestros días». El capitalismo global y avanzado, indica Juan Carlos Rodríguez, ha borrado la imagen vital de la explotación, pero la explotación y la lucha de clases siguen existiendo, solo que de otra manera; y en el «horizonte del mercado capitalista de vidas» aparecen tres marcas ideológicas a partir de las cuales se produce la subjetividad: la soledad, la competitividad y la imagen del cuerpo.

Me detengo en el jugoso prólogo al libro porque no solo nos da la explicación de su título y sus contenidos, sino porque además es el primer trago fuerte al que debe enfrentarse el lector. Y así el desmantelamiento de la ominosa realidad cotidiana y vital en la que estamos sumergidos continúa de forma implacable a lo largo y lo ancho de las páginas introductorias. Por ejemplo, cuando el profesor Rodríguez nos aclara que, al subjetivizar el sistema, al convertirlo en nuestra naturaleza misma, se confunden, interesadamente desde luego, naturaleza e historia; lógicamente, para que sea la Naturaleza Humana la que resplandezca y la Historia quede olvidada en un rincón. No podemos ya apenas, entonces, pensarnos como efectos de la Historia, justamente el reto con el que nos desafía aún el marxismo, que queda arrumbado, al desintegrarse la historia de nuestro horizonte vital, como herramienta obsoleta y útil todo lo más para un mero análisis economicista. A la vez, claro está, la literatura queda arrumbada como una cosa en sí, que vive en el limbo de sí misma y de sus presuntas libertades expresivas. Pero Juan Carlos Rodríguez dice haber escrito este libro para recuperar “un poco” el sentido de la Historia, con mayúscula por descontado, como objeto teórico construido por un marxismo de raíz althusseriana: modos de producción y matrices ideológicas.

No destriparé más, a partir de aquí y por respeto a los posibles lectores, las sorpresas ocultas en los múltiples argumentos de este libro, que se lee como una historia bien narrada, de Moratín a Darío, de Jovellanos a Blas de Otero. Pero sí quisiera intentar poner la miel en los labios señalando, mínimamente, cómo Juan Carlos Rodríguez se posiciona

en la primera parte del texto como un «anti-humanista teórico» para poner en solfa, a partir de Lévi-Strauss y Montaigne, la presunta sustancialidad de la Naturaleza Humana y la universalidad de la Razón burguesa basada en una «ideología antropologizante»; o cómo, interesado por saber la forma en que se encaja el problema del mal desde la Ilustración, y en concreto desde la ideología empirista de la doble experiencia, vuelve con nueva fascinación sobre la imagen del vampiro, de la cual ya se ocupó hace unos años; o desarrolla las contradicciones que Tolstói experimenta entre la vieja historia y la nueva historia, la Rusia zarista y feudal y la Rusia burguesa/capitalista y al filo de la revolución. No todas las sombras se disiparon, por lo tanto, cuando se encendieron las Luces.

La segunda parte del libro da paso a quienes se mostraron a favor de la Ilustración, pero otra vez con un propósito muy claro: cazar el fantasma de la Naturaleza Humana, que supuso una de las invenciones básicas de la ideología burguesa para acabar con la sacralización feudal. Los personajes que desfilan por estas páginas centrales son Kant y Hume, o dicho de otra forma, la razón laica y el criticismo, el trascendentalismo continental y el empirismo anglosajón. También se regresa a Moratín, otro autor sobre el que ya había escrito el profesor Rodríguez, quien ahora nos recuerda las claves de la aparición del drama familiarista burgués en España como representación pública de lo privado. Teatralidad reformista y burguesa que –así nos lo da a entender en otro brillante análisis– es indisoluble de la aparición de la noción de sociedad civil, del *contrato social*, pero a la vez del *contrato sexual*. Para llegar a Moratín, Juan Carlos Rodríguez pasa antes por el teatro del siglo XVII, lo cual le permite poner en su sitio al Harold Bloom que aprovecha la originalidad canónica de Shakespeare para confundirla ni más ni menos que con la *invención de lo humano*, despreciando de esta forma la historia y de paso a los integrantes de la por él llamada, tan torpemente, “escuela del resentimiento”.

Hay también un lugar para dejar al descubierto las claves que posibilitaron el surgimiento de las literaturas nacionales: los orígenes de un supuesto espíritu colectivo o de un pueblo, la relación lengua/literatura, la invención de una tradición propia. Merecen destacarse las líneas que se dedican a Dámaso Alonso y a aquello del «primer vagido de nuestra lengua», o bien a Curtius y María Rosa Lida a propósito de la tradición clásica y occidental. Pero el autor de este libro no se anda en ningún momento por las ramas, y nos pone siempre los pies sobre la tierra, que por supuesto no es la tierra madre de los nacionalismos: “Hablemos, pues, de la Historia real –nos dice– y olvidémonos del ombligo de los Espíritus”.

Historia real e historia de la literatura no dejan de articularse ni un solo instante en este libro, cuya tercera y última parte se detiene en las poéticas de Darío y de Otero. Mediante la primera el profesor Rodríguez nos habla del fracaso que aguardaba a la Gran Estética, a una escritura trascendental apoyada en la Naturaleza Humana y en la sustancialidad del lenguaje, en la fusión de voluntad estética y voluntad moral. El fracaso estaba servido desde el momento en que existía un foso entre el lenguaje de esa Gran Estética, entre el campo de un arte que se pretendía autónomo, y el lenguaje social y económico impuesto por el sistema capitalista, frente al que primero intentaba establecerse. De al-

guna manera lo había adelantado Rubén: el arte no podía hablar en burgués. Blas de Otero representa, por otro lado, los riesgos de una poética esencial, los miedos de la poesía social o comprometida a dejar de ser poesía, a abandonar una poesía sustentada en la esencia de la Naturaleza Humana y la esencia del lenguaje. Es decir, el miedo a poetizar como una producción social e histórica.

Naturalmente el autor de este libro jamás se ha visto atenazado por el miedo a pensar históricamente, a convertir su otro pensamiento literario en una producción social e histórica. Ha llegado a reescribir así, a lo largo de los años y desde una posición inesperada, buena parte de nuestra historia literaria. Por poco que le debamos le debemos, como argüía Machado, cuanto ha escrito. *Tras la muerte del aura* es la última obra en la que arriesga su pensar, su leer y escribir inconfundibles, y ahora en condiciones que parecen menos favorables que nunca. Para decir sí a la Historia y a la literatura, no a lo que pretende borrarlas y abandonarnos a un mundo de superficies líquidas, intemporalidades y simulacros. Nadie como él ha escarbado hasta llegar a la raíz ideológica e histórica de los discursos literarios y ha emprendido después un vuelo teórico que, no por alto, se ha perdido en las nubes. Nos ha enseñado, nos enseña aún, lo que yo llamaría, sirviéndome de un título de Althusser, la *transformación de la literatura*. Pero tiene todavía la suma cautela de advertirnos, un par de veces en este libro, que con la literatura nunca se sabe.